

GEDEON es el periódico de menos circulación de España



GEDEON

Diputado á Cortes por Madrid

SEMANARIO SATÍRICO

SE PUBLICA LOS JUEVES
DIEZ CENTIMOS el número

ADMINISTRACIÓN
Fuencarral, 23, primero

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

| | |
|---|--------------|
| Madrid, trimestre | 1,50 pesetas |
| Año | 5 — |
| Provincias y Portugal, tri- mestre | 2 — |
| Año | 8 — |
| Número atrasado | 0,25 — |
| 25 ejemplares | 1,50 — |

AÑO III

Madrid 10 de Junio de 1897

NÚM. 88

LEVANTANDO MUERTOS



EL BANQUERO.—Aquí se gastan marcadas, y el que no lo quiera así, que no juegue.

Jueves de Gedeón

— ¡Pégame una bofetada, Calínez!
 — No puedo; me nombrarían ministro perpetuo; ¿y por qué he de pegártela?
 — Por tonto.
 — Entonces iba a tener que estar repartiendo bofetadas á diestro y siniestro. ¿Pero qué tonterías has hecho?
 — Venir apresuradamente de Cataluña.
 — ¿Como el general Martínez Campos?
 — Lo mismo.
 — Pero á tí nadie te había llamado.
 — Ma vine yo sin que nadie me llamara.
 — Entonces no puedes quejarte más que de tí mismo. ¿Viniste en el tren del general?
 — En ese tren vine.
 — ¿Traía alforjas D. Arsenio?
 — ¿Pero no has visto que no las necesitaba para ese viaje?
 — ¿Y á tí qué te trajo á la corte?
 — El olor de la crisis.
 — ¿Pero ha habido crisis!
 — ¿No lo sabes, Calínez? Con consultas y todo.
 — Espera, sí; recuerdo haber oído decir... pero de esto hace más de dos años.
 — No, hombre, ahora. Cinco días de crisis.
 — ¿Y qué ha resultado?
 — ¡Que siguen los mismos!
 — ¿Entonces qué han hecho los ministros en esos cinco días?
 — Novillos.
 — Claro, vacando es natural, no podía suceder otra cosa.
 — Otros dicen que vacunarse.
 — ¡Ah ya, si se trataba de acto tan importantísimo para la salud del ministerio comprendo que hayan tenido cinco días á la nación emocionada é intransigente. Y qué, ¿había habido algún caso en el Gabinete?
 — Sí, el presidente con viruela loca.
 — ¡A la vejez locuras!
 — ¿Qué quieres, algunas personas las hacen á todas edades.
 — Es mucho D. Antonio; cuando no tiene una erupción la anda buscando. En Europa no hay ya mas que él y el Vesubio.
 — ¿Hablas de volcanes?
 — ¡Claro!
 — Pues no te equivoques como aquel actor que dijo: «Un balcón tengo en el pecho»
 — Sí, y le nombraron senador vitalicio. ¿Pero de verdad no sabías lo de la crisis?
 — Ni una palabra, Gedeón. Estos días me he dedicado á devolver varias visitas sin ocuparme de otra cosa. Estuve en casa del general Blanco, quien por cierto me habló de Marahuit, ¿Tú sabes lo que ocurrió en Marahuit? ¡Oh, Marahuit! Pues bueno, otro día visité al general López Domínguez. Me dijo que no sabía nada de la guerra de Cuba. Se lo creí; á mí y á Weyler nos sucede lo mismo. Visité también á Elduayen en su casa, y éste me aseguró que él no cambia de ideas en veinticuatro horas. Como tiene tan pocas, no me extrañó su aseveración. Más fácil le es cambiar de estatuas, y eso que solo tiene una y en Vigo. También he visitado á D. Alejandro Pidal; le encontré con la Suma en la mano; tiene cinco dedos. Le faltan tres para formar ministerio. Y por último, visité al portero de Sagasta.
 — ¿Como, al portero de Sagasta! ¿No subiste á ver á D. Praxedes?
 — No; me dijo el portero que casi casi era lo mismo, porque no le encontraría en casa. Insistí, sin embargo, haciéndole notar mi calidad de prohombre entre los liberales, y entonces el portero exclamó: Bueno, como estar, está; pero no quiere que ustedes suban. De suerte que dejé mi tarjeta en la portera, única manera posible de visitar á un jefe de partido que no quiere que suban sus correligionarios.
 — Veo, Calínez, que con efecto, estuviste estos días muy ocupado; pero me asombra tu ignorancia respecto á la crisis, porque todos los personajes que me acabas de citar son precisamente los que han intervenido en aquella.
 — Pues á mí no me dijeron absolutamente nada, y si es cierto, como tú aseguras, que después de sus consultas sigue el mismo ministerio, presumo que lo mismo hicieron en otras partes. Diría cada uno de ellos: «Yo bueno, gracias.» Y luego hablarían del tiempo ó de lo mal que está el servicio doméstico. Después de todo, una crisis como la pasada no merecía otra cosa; yo la he visto varias veces en diversas ferias.
 — ¿Tú has visto una crisis como esa en las ferias?
 — Sí, hombre, yo he visto el baul misterioso, que viene á ser lo mismo.
 — ¿Qué es eso del baul misterioso?
 — Voy á explicártelo. El prestidigitador, ilusionista ó como quieras llamarle, presenta á los espectadores un baul capaz de contener en su interior á una persona. Cuando los ministros son de la talla de Castejón, Tejada y consortes, puede contener lo mismo un Ministerio. Abre el ilusionista el baul para que los espectadores se enteren de que no tiene doble fondo, ni trampa ni cartón, y mete luego en el artefacto de viaje al Ministerio. Cierra el baul

con doble llave, lo lía con un kilómetro de cuerda, pone en las junturas lacres y precintos y suspende las sesiones de Cortes.

—Hasta ahora va muy clara la explicación del baul misterioso, Calínez.

—Continúa, Gedeón, describiendo la pasada crisis. Señoras y señores, dice entonces el ilusionista dirigiéndose al público, compuesto en su mayor parte de liberales y capitanes generales sin graduación; ya tienen ustedes el Ministerio metido en el baul; ¿para dónde quiere el respetable público que lo facturemos? (No necesito decirte á donde queremos todos los españoles que se vaya el Ministerio.) Imposible, señores, responde el ilusionista; no lo recibiría el padre Padilla, porque el Gabinete ya no existe, la crisis es total; los ministros han desaparecido. (Movimiento de curiosidad en el público.) El ilusionista rompe lacres y precintos, suelta la lía, da vueltas á la llave, abre el baul y enseña el interior de éste á los espectadores. No hay nada, efectivamente; los ministros desaparecieron por arte de birli-birloque.

—¿Tal vez sin enterarse ellos mismos?

—De seguro; estos ministros no se enteran ni de cuando los escamotea Cánovas. Estalla el júbilo entre los liberales al ver el baul vacío; durante un buen rato todas son felicitaciones y enhorabuena. Rancés hace unos chistes; Sagasta se echa á temblar de miedo ó de alegría. Llegan Martínez Campos todo resudado. Gran emoción, en fin. El ilusionista, mientras tanto, cierra de nuevo el vacío y misterioso baul, lo lía, lo lacra y lo precinta. Habla de sus trescientos libros, de su posición augusta, de su fama universal y de sus alcachofas, y cuando se calma algún tanto la efervescencia pública, dice con voz enfática:—Ahora, señores, la tercera parte del experimento, ó sea la solución de la crisis. En el baul no hay nada, como usted-s han visto; abrámoslo de nuevo y veamos en qué para todo esto. Torna á romper lacres y precintos, a volver llaves y á desatar cuerdas. Levanta al fin la tapa del baul, la gente se precipita á ver lo que hay dentro, y entre el asombro público van saliendo del fondo del artefacto la misma mano de Tetuan, el mismo bacillus de Castellano, los mismos ojos de Linares Rivas, la perilla de Cos, el vientre de Azcárraga, el cuarto, siempre menguante, de Navarro Reverter, la cómica seriedad de Tejada y la cara á escuadra de Beránger, ó sea el mismísimo Ministerio metido antes en el baul, escamoteado y vuelto á la postre á resucitar. Esto, amigo Gedeón, lo he visto yo muchas veces en las ferias de Vitigudino, Navalcarnero y Majadahonda. Por eso no me ha maravillado ni sorprendido la crisis del baul misterioso.

—Y dime, ¿en los pueblos que acabas de citar se hace también el experimento con un Ministerio?

—No; generalmente la escamoteada es una señorita.

—¡Ah, ya! ¿Y tú qué crees respecto al misterio del baul misterioso?

—El misterio, Gedeón, se aclarará indudablemente algún día. En cuanto al baul puedo decirte lo que de todos los baules. Son muy útiles para un viaje.

LOS INMORTALES DE GEDEÓN

SALMOS DE DAVID
(DESPUÉS DE TIRAR EL ARPA)

Los ministeriales

*Caeli enarrant gloriam Dei.
Psalm. XVIII.*

Los cielos dan pregones de tu gloria, y el Muret estrellado y hecho piezas gime. ¡Oh tú, Monstruo que á seguir la historia viniste y á plagarnos de grandeza! No hay silvens e audaz, duro y perverso que á tus voces no dé medroso oído. ¡Oh tú, el Monstruo mayor del Universo! tu voz de polo á polo ha di-currido, que tú reedificaste la morada, cual reconstruyó el otro la de Mora. Lozano y valeroso, tu jornada comienza y corre y pasa en breve hora. Tu rudo brazo llega á todas partes del mundo y aun de Segis: tu ojo mira del Centro liberal hasta los marios... ¡y aun le parece á Aguilera mental Leyes son del Estado tus anteojos, y aunque no alcances á mirar derecho, dueñas han de limpiarte los anteojos princesas ver si el traje te está estrecho. Tenerte es bien y dicha verdadera. Tus dichos son verdad justificada. Tetuan, tú, Beránger, Valdosera, más dulces sois que miel muy apurada. Son hoy ya tus mandatos mandamientos y el que á observarlos muéstrase reacio tendrá que nivelar sus pensamientos conforme lo disponga tu Atanacio. Raégote, pues, señor, que de este ciego vicio de la altivez el alma mía libres; que hagas de mí tu fiel borrego, sostén de tu absoluta monarquía. De tal modo mis cánticos, los síes de estos tus fidelísimos adeptos siendo á tu egregia majestad aceptos, me valdrán tus sonrisas (que aun sonrises) y todos como un solo Morlesino gritaremos: ¡Oh, Monstruo! ¡Oh Antón divino!

Sagasta.
Dicit: Custodiam vias meas, ut non delinquam in ligna mea.
(Psal. XXXVIII.)

Dije:—Sobre mi boca el dedo asentaré, y así cerrada, mosca ni abispa loca no buscará la entrada ni aunque el marqués me pinche, diré nada. Pondré un lazo estrecho mis ansias graves pasaré conmigo, ni aun mostraré mi pecho á Angulo, el fiel amigo ni pondré á Pedro Luna por testigo. Callando como mudo me estuve, aunque rabiaba mi partido; Montero el dardo agudo ya en fuego convertido desatóme la lengua y el sentido. No vale estar callado si la impaciente grey á hablar provoca: te envían un recado, tienes que abrir la boca y dar razón á la pandilla loca. Y dije:—Manifiesto el fin de nuestra amarga desventura, mostradme lo más presto; mirad que el tiempo apura ya sabéis cuán calmoso es est: cura. Mas ¡ay! que esos pelmazos con su ambición constante y desmedida me fijan cortos plazos, quieren cobrar la vida del poder, aunque es burla conocida. Quiero cantar de plano, diciéndoos que el poder no me apasiona que el mundo es cieno vano... llega uno á la poltrona, se sienta y al momento se agullona. Quieren tomar en serio políticas é infundios de elecciones: que ignoran el misterio, y aun fórjanse ilusiones don Segis y Aguilera y Romanones. Mas yo zen que espero agora buscar á tantos males mejoría: para obrar ya no es hora: mi entusiasmo se enfría: solo descanso busca el alma mía. No repitáis el cuento, mas libradme, por Dios, de aquesa carga, que es grave el sentimiento que al pensarlo me embarga; demos á los nerviosos una larga. Yo en nadie fundo queja, pero insistencia tanta me fatiga; no enredo la madeja: veo en mi ojo la viga y aquí he venido... porque no se diga. Tal dije y con clemencia separóse de mí la mano airada, dejando la sentencia para la gente armada, pasó mi naípe (el basto) y salió espada. Los tres, como pollilla, finaron tanto enojo y tal porfía quedando ¡oh maravilla! transformada en un día la crisis en un sueño y burlería. Presta á mi ruego oído y á mi anhelo atención quien me ha llamado. Rabiará mi partido: yo pobre y desterrado, viviré con mi Pablo Cruz al lado. Mas ¡oh, juventud local suspende tu furor, para que pueda con calma abrir la boca y en vida libre y leda pasar feliz el tiempo de la queda.

LA GRAN JUERGA

No es sentimiento que se albergue en el pecho de GEDEÓN la «tristeza del bien ajeno.»

Lejos de ésto y aburrido como está de ver desdichas, miserias y daños por todas partes, no puede menos de arrimarse á los únicos nueve españoles que hoy están contentos en la patria, á los nueve ministros, cuyo júbilo raya en locura y cuya alegría raya en delirio.

Para todo tienen esos nueve afortunados mortales; y digo mortales, con permiso de D. Antonio Cánovas.

Se han quedado con el poder, se han quedado con las carteras, se han quedado con el país.

¡Es tan grato el toque de queda cuando se espera oír el toque de bota-sillas!

Se equivocan los pesimistas que juzgan por el primer acto de la comedia, ó dígase tragedia conservadora lo que será este «Segundo acto de la misma.»

La alegría del triunfo ha remozado á los viejos, ha animado á los pusilánimes y ha dado á todo el gabinete una altura y un crédito como jamás los tuvo en España ministerio alguno.

Fausto ha sido el suceso, pero el verdadero Fausto ha sido Cánovas.

La solución de la crisis, obrando en él como esas misteriosas *Solutions* que venden en las farmacias, le ha quitado treinta años de encima.

Ya no se siente jefe, sino rival del ministro de Fomento.

El estrabismo de D. Antonio ha desaparecido. Ahora el que se ha quedado bizco es Sagasta, aunque por poco rato y solo por el bien parecer.

Hasta los lentes se ha quitado el señor presidente del Consejo.

¿Para qué los necesita si todo es llano, al menos para él?

Del duque de Tetuán no hablemos. Se siente más grande que su difunto tío y más famoso que el mismo Pero Grullo.

—¿Pero Grullo?—dirá el lector.—Y en qué puede parecerse el duque de Tetuán á Pero Grullo?

Pues en que, á las Cortes cerradas les llama puño.

El ministro de Gracia y Justicia no cabe de gozo en su propio condado.

Aprovechó los días de la crisis para retejar la primera parte de su título y desesterar la segunda y ya no hay alfarero que le tosa.

Navarroreverter abraza á todos los paisanos que ve por ahí vendiendo chufas ó limón helado.

—Soy feliz—les dice,—todo pasó y ya está la política como una balsa de aceite.

—¿De oliva ó de bellotas?

—No sé.

—Pues, por si acaso, meta usted la cabeza en la balsa.

Solo eso nos faltaría.

Que Navarroreverter saliera de la crisis con la cartera y además con pelo.

Verdad es que esto no le trae cuenta á Cánovas. Porque le ha dicho á D. Práxedes en confianza que él no deja el poder hasta que el ministro de Hacienda (que no es rana) críe pelo.

Azcárraga ha dicho que le arreglen el casco.

Y no se trata de los cascos de la Trasatlántica, pues por ahora no hay transportes de tropas, sino transportes de júbilo nada más.

El casco que ha mandado arreglar el ministro de la Guerra es el suyo propio, para poner encima en los días de gala, no un *llorón*, sino un *alegrón*, que es lo que ahora corresponde.

Beranger ha aprendido á decir *Quos ego*, como Nertuno.

Cos Gayón es de los rejuvenecidos. Parece una virgen inocente y esbelta.

Cuando sale de la oficina con Vadillo hace recordar á *Dinorah*.

D. Aureliano es el mismo de siempre. Anduvo una temporada preocupado con el nuevo ministerio de Fomento porque una gitana le dijo echándole la buenaventura (sin Abarzuza, porque esa se la echaron á D. Práxedes):

—Jaula nueva pájaro muerto.

Hoy ya está curado de supersticiones.

Ha vuelto á ponerse el uniforme y es todo ojos: el queso de Gruyere del ministerio.

Castellano creció dos palmos grandes—los palmos del duque de Tetuán—al enterarse de que seguía siendo ministro.

—¿Dónde estoy?—preguntó al volver de la crisis.

—Donde siempre; en Ultramar.

—Pero ¿es de veras?

—De veras hombre; usted anda siempre por los cerros de Ubeda.

—Confieso que sí, pero es con intención.

—Pues ¡vaya un gusto!

—Y muy grande; el gusto de pisar romeros.

¡LOS MARCOS VALEN MAS!

El veredignum

Así creo que llama al *veredicto* un personaje de *Bonitas están las leyes! ó la vida del interfecto*.

En el caso actual el *interfecto* ha sido el arte.

El jurado le mató á la puerta de su casa.

Suponiendo que la casa del arte sea el barracón que hay frente al Hipódromo.

Pero el *veredignum* ha resultado aún peor que el barracón.

Presidia el jurado, según dicen, el Sr. Urgell, y naturalmente cómo ha de tener la cabeza un *señor de Urgel* desde que se ha averiguado que el Ebro pasa por junto á su pueblo!

De nada han servido las filosofías del Sr. Balsa de la Vega, á quien algún pintor quiere echar en los pantanos de Raurich para ver si flota: de menos todavía, la concienzuda crítica de Gedeón, diputado ministerial en materias artísticas, como en su tiempo, lo fué el Sr. Comas y Blanco.

El *veredignum*, repitámoslo mucho, como hace don Segis para que crean que tiene razón, está lleno de disparates.

Parece un consejo de los tres capitanes generales de actualidad.

Ahora, á los autores desairados injustamente, les queda el recurso de apelar ante la opinión pública.

Y Gedeón, fiel representante de ella, no puede menos de subsanar las faltas y remediar las sobras del Jurado.

Hay que premiar como se merecen la *Primera hazaña del contratista* y la *Visita del Cid*: los *Mártires cristianos en el merendero* y *El circoom del tío Paco*: *La aprobación de la uva* y *La cuelga de la Compañía de Jesús*: *El milagro de la fuente* y la *Riña en el Santo Cristo de Alasua* (1); el *Matador de toros se divierte* y *El pueblo en la enfermería*: el *Hallazgo en Vizcaya* y el *Zortico de la Santa Cruz*.

Y una vez premiado todo eso, debe el jurado echar de la Exposición los cuadros de Jiménez Aranda,

(1) *Nota bene*.—Este milagro se lo colgamos indebidamente al Sr. Arregui en nuestro Número extraordinario. Conste que no es de él.

Bilbao, Simonet, Espina, Morera, Santamaría, etcétera, y las esculturas de Marinas y Querol por *insignificantes*.

Y concederse á sí mismo la medalla de honor en la sección de *grabados al pastel*, por el propio jurado descubierta.

ECOS DE LA CRISIS

(TOMADOS AL OÍDO POR PIAVE)

La resolución *conjoint* de D. Antonio el día que se tomó la *satisfacción*, es decir, cuando *planteó* el abuso de confianza, *hubo de causar* extrañeza en varios ministros.

—¡Ah!—dijo Castellano y antes de que llegara Fabié al oírse llamar por su nombre *de guerra*, D. Antonio ya había lanzado una frase histórica:

—¿Cómo se entiende? ¡Ahora Cazteyano se extraña de que le haya dimitido zin contar con él! Máz debió extrañarle cuando le hice ministro.

A una señora que suele hallarse muy bien informada en asuntos de crisis, la preguntaron qué habían dicho respecto de Cuba los tres generales á quienes se consultó sobre el cambio de política.

—¡Ah!—contestó la señora.—Los tres han estado contestes en decir que no quieren ir á Cuba.

A lo cual no cabe hacer más que un comentario: ¡A cualquier cosa llaman estar contestes!

Sabido es que el papel del *clown* Bartolo, que siempre llega tarde (ó no llega), para todo menos para las bofetadas, lo han desempeñado en esta crisis los silvelistas.

A uno de los más lucios y conspicuos le preguntábamos:

—Pero, hombre, ese D. Arsenio que tan amigo era de ustedes ¿cómo no ha indicado la necesidad de llamar á Silvela... en consulta?

—Desengáñese usted—nos dijo el silvelista gordo:—D. Arsenio es de los que vienen decididos á hacer el Linares Rivas y... acaban tomando cualquier cosa con Castelar.

—Mi general ¿podría usted indicarme algo de lo que ha dicho...

—¿Los canarios? Buenos, gracias. ¿El verderón? En su jaulita de la Carrera de San Jerónimo.

—Bueno, pero usted habrá aconsejado...

—Justo: que no ha llegado aún la época de la muda.

—¿De modo que no hay alpiste?

—Hombre, para mis canarios basta que haya cañamones, y en cuanto al verderón... á ese la esperanza le mantiene.

En prueba de las amistosas relaciones que existen entre España y las naciones del continente, parece que el gobierno, según hemos oído, ha acordado conceder al representante del emperador de Austria Hungría en esta corte una gran cruz de la orden nacional de Carlos III.

Mucho nos congratula que el embajador austriaco figure de un modo oficial en las órdenes nacionales.

¡EL PAPEL VALE MAS!

(NOTAS BIBLIOGRÁFICAS)

—Ya ustedes leído habrán *El tesoro de Gastón*, que ha hecho la Pardo Bazán.

—Dicen que es un folletón del estilo *Montepín*.

—Hombre, me parece bien. Quien escribe á tutiplén suele tener ese fin.

—¿No es obra de empuje?

—No.

—¿La habrán pagado bien?

—Sí.

—¿Verdad?

—Lo aseguro yo: el editor es *Gill*.

Amor, del señor Sawa. Interesante volumen, que no deja de la mano, cuando se va á acostar, don Aureliano... *Quel giorno pin non vi legemmo avante*.

..... y armas al hombro

El Sr. Sagasta, haciéndose el tonto:

«No puedo imaginar cómo hayan ocurrido las cosas para llegar a este inesperado resultado.»

¡Qué bonito resultado! Don Práxedes indignado;

Silvela dándonos miedo;

Don Antonio resignado;

Romero de medio lado, y yo... ¡chupándome el dedo!

El banquete del día:

«El cuerpo de contadores provinciales ha obsequiado con un espléndido banquete al ilustrado director de administración local Sr. Bugallal, que tanto se ha interesado por los contadores.»

Nos parecen muy bien todos los banquetes.

Pero éste de los contadores es muy oportuno.

Pocas veces se puede contar tantas cosas como ahora.

Con zapatos nuevos:

«Los ministros abandonaron muy satisfechos la residencia particular del jefe del gobierno. Uno de ellos al encontrarse con los periodistas que le interrogaban, exclamó recordando á Fray Luis de León:

—Decíamos ayer...»

También los liberales recuerdan á Fray Luis de León:

¿Y dejas ¡oh Mateo!
tu grey en el casino hondo, oscuro
devorando este feo
y tú rompiendo el puro
lo enciendes... y no saltas del seguro?

Dice un colega:

«En el Centro Instructivo del Obrero, plaza de la Villa, 3, se vacuna directamente de la ternera todos los días no festivos, de cinco á siete de la tarde.»

Bueno; y de Cánovas ¿cuándo nos vacunan?

Porque, no cogiéndonos vacunados, no sé cómo vamos á resistir otra vez á los conservadores.

Jaleando á la florentina:

«Pero no son los Sres. Cánovas y Sagasta los únicos hombres que en España pueden gobernar: cerca de su altura política mantienen sus juicios en voz alta el Sr. Silvela, á media voz otras importantes personalidades del partido liberal.»

¡Oh! ¡Qué horribles dudas las que asaltarán ahora al Sr. Silvela!

El aceptaría de muy buen grado el simpático papel de barítono vengador.

Mas ¿qué diría la masa neutra al observar que la fracción de la moralidad se convertía de pronto en vengadora?

¡Hado cruel! Hay para suicidarse con la propia daga.

Entre los proyectos de ley que se han quedado pendientes de aprobación en el Senado, hay uno presentado por el celoso amparador de las buenas costumbres, señor conde de Canga Argüelles, prohibiendo á los mayores y cobradores de los tranvías el uso del pito.

Parece que este proyecto le es muy simpático al Sr. Cánovas ¡por si acaso!

Pormenores del desenlace:

«Al regresar á la Presidencia desde Palacio el Sr. Cánovas del Castillo, dispuso que se trasmitiese á los ministros por teléfono el aviso de que se reunirían á las cuatro en punto en la Huerta.»

Me parece estar oyendo el teléfono:

—¿Central?

—Presente.

—Comunicación con Gracia y Justicia.

—Está bien.

.....

—¿Con quién hablo?

—Con el señor conde de Tejada Valdosera; y usted ¿quién es?

—El portero de la Presidencia del Consejo.

—¿Qué ocurre?

—Ha dicho D. Antonio que vengas.

.....

El Sr. Moret, en el Círculo Liberal:

«Dice, en fin, que es preciso saber por quién y cómo estamos gobernados.»

¿Quién? A mi idea me aferro y pienso, al cabo y al fin,

que en mis cálculos no yerro:

Ayer era Morlesín,

hoy quien gobierna es el perro.

.....

Plan de campaña:

«Decíase anoche, suponemos que con informes muy autorizados, que el general Weyler marchará muy pronto con fuerzas numerosas á operar sobre las provincias de Oriente.»

Ya no le asustan las lluvias.

Y es que ha visto con qué facilidad se deshacen las nubes.

.....

A lomo caliente;

«En el ministerio de Hacienda ha comenzado á trabajar en el desarrollo y aplicación de las leyes económicas votadas por las Cámaras.»

¡Ya lo creo! y tan ricamente votadas.

Lo mismo que el famoso crucero de Octubre.

Se han votado solas.

.....

Triste consuelo:

«En lo que sí están conformes unos y otros es en que después de todo lo ocurrido, la caída del Sr. Cánovas, tenga lugar más ó menos tarde, será estruendosa y mortal.»

Un poco menos.

Es decir, ni estruendosa ni mortal.

Porque el Sr. Cánovas trabaja con red.

¿Verdad, don Práxedes, que trabaja con red?

LA CUESTIÓN DE LA CRISIS

(Centésima edición.)



¿DÓNDE ESTÁ LA PASTORA?

FRASES CÉLEBRES

Nadie nos mueva, que estar no pueda, con Antonio á prueba.

Tejada en crisis.

La necesidad carece de ley.

Campillo.

Si vis me flere, dolendum est, que no suba Sagasta y ya verás.

Pablo Cruz.

¡Quousque tandem!

Juanito Pedal.

Nihil novum sub sole.

Bartolo.

Escultorum infinitus est numerus.

Benlliure.

No me saques sin Silvela ni me envaines sin cartera.

La daga putrefacta.

¡Desperta, Ferreras!

Sagasta.

Todo se ha perdido, menos el bofetón.

Tetuán.

Aliquando bonus dormitat Romerus.

Castellano, digo latin.

Laissez faire, laissez passer.

Un fisiócrata de la ronda de consumos.

¡Oh temporal! ¡Oh Moret!

Aguilera.

Sic transit mapa mundi.

Reparas, en la Sociedad Geográfica.

El Tiempo es Oro. ¡Si fuera Espada!

Silvela.

Nadie es profeta en su patria.

Noherlesoon.

Arrojar la cara importa, que el espejo no hay por qué.

Frontaura.

Después de nosotros, el diluvio.

Weyler y Akumada.

Sic Bosch, non Bobis.

El Bonillo.

Lasciate ogni speranza.

Martínez Campos á los silvelistas.

La propiedad es un robo.

Un autor cómico.

Carcant consules.

Mac Kinley.

Aquí, para vivir en santa calma, se obra Betancourt ó Estrada Palma.

Máximo Gómez.

LA GENICIENTA



¡Todos los hermanitos van á Palacio: todos los hermanitos menos don Paco.

LOS 300 LIBROS DE DON ANTONIO

Es decir, los 300 que le esperan en la Huerta. He aquí un extracto de la lista formada por Morlesín, de la cual Blasco dió un anticipo:

La campana de Huesca, que ya se le ha olvidado hasta á su propio autor.

Genio y figura... corregida por su autor para uso de D. Antonio. Van añadidos y explicados con muy elegante lengua varios parajes escabrosos.

Discursos de la paciencia cristiana, por Fray Fernando de Zárate. Comentados por Fray Francisco Lastres.

Oraciones fúnebres, de Bossuet, añadidas por el general Martínez Campos.

Estudio comparativo entre la Huerta y el comedor de Sagasta, por Tertuliano.

Tratado de la verdadera y falsa profecía, de don Juan de Horozco y Covarrubias, comentado por Torres (José Luis) y Martínez Soto.

Vida de D. Tomás Castellano, por Lactancio.

La conversión de la Magdalena y los tafetanes de la misma, por Fray Pedro Malón de Chaide y Fray Pablo Cruz.

Pequeña cuaresma y Cara de idem, por Massillon y D. Alejandro Pidal.

Dafnis y Cloé, idilio de Longo, con hojas de parra añadidas por el conde de Canga-Argüelles.

Guía de los descarriados, por Maimónides: traducción del hebreo al idioma de D. Francisco Silvela.

La moral independiente, por Coignet. traducción del Sr. Gálvez Holguín.

El destino del sabio, por Fichte: arreglado por don Martín Esteban Muñoz.

La Cábala, libro de Adolfo Franck, con notas de los Sres. Martínez Campos, Blanco y López Domínguez.

Examen de la filosofía de Balcón, digo de Bacon, obra atribuida indebidamente al general Polavieja.

Espritu de "El Siglo", por D. Francisco Martínez de la Rosa, obra escrita para los que se caen de un Nido.

Las Eneidas de Plotino, baladas por el señor marqués de Vadillo.

El deber, libro de Julió Simón, traducido por el Sr. Navarrotreverter, antes de ser ministro.

Los caracteres, de Teofrasto, vertidos del griego al gringo, por D. Francisco Romero Robledo.

La mente de un uomo de stato, por Maquiavelo: obra echada á perder por el Sr. Silvela.

Aparte de estos libros, casi todos de filosofía, esperan al Sr. Cánovas, obras amenas, como es natural para quien viene á menos: cubre ellas, *El vapor* de D. Pío Gullón, obra semejante á la del mismo título, tantas veces editada por Campillo, el *Almanaque de Gotha*, traducido en su parte militar por don Aureliano, la *cajetilla literaria* que ha publicado recientemente un autor enmascarado y *La buena pipa*, cuento, cuya continuación llegará pronto de Washington.